

**EDIPO Y EL ENIGMA
DE J. L. BORGES**

Hortencia Dora Larrañaga de Bullones
(Universidad Nacional de
Cuyo - Argentina)

(El otro, el mismo, 1964)

*"... porque en el principio de la literatura está el mito y
asimismo en el fin". (Parábola de Cervantes y el Quijote,
Jorge Luis Borges)*

El mito griego literario, "río profundo, oscura corriente", para calificarlo con palabras que canta un negro espiritual, aflorando siempre, ha traspasado tiempos y distancias.

Este resurgimiento sin término del mito, esta permanencia suya en el tiempo y su difusión en el espacio nos hablan de su capacidad de admitir nuevas interpretaciones, inéditos enfoques en cada aproximación o encuentro con el hombre o su época.

Afirma A. Gide¹ que "el mito es semejante al cántaro de Filemón, al que ninguna sed consigue vaciar, aunque Zeus beba de él" y que el agua que sacia una sed, no es la misma que sacia otra.

"En efecto, nos asegura Gusdorf², por un misterio sorprendente, el mito se dirige a cada uno en su propio lenguaje. Concede a cada hombre una revelación especial".

¹ André Gide. *Considérations sur la Mythologie grècque*, (fragmentos del *Traité des Discours*) en *Morceaux Cois de Gide*, N.F.R., 1935, p. 185. Citado por G. Gusdorf, *Mito y Metafísica*, Nova, Bs. As. 1970. p. 284.

² Georges Gusdorf, *Mito y Metafísica*, Ed. Nova, Bs. As., 1970. p. 284.

Y bien, el encuentro de J. L. Borges con el mito de Edipo, ¿qué nuevas facetas deslumbrantes le reveló? ¿Hubo posibilidad de enriquecimiento para los dos participantes del encuentro, mito y poeta?

Es lo que intentaremos descubrir en el presente trabajo.

Según el mito griego³, un monstruo, la esfinge, en las puertas de la ciudad de Tebas, planteaba el siguiente enigma a los hombres que por allí pasaban y devoraba a los que no sabían resolverlo: "¿Cuál es el ser que teniendo una sola voz⁴, tiene primero cuatro patas, luego dos y después tres y que, contrariamente a la ley general, es más débil cuantas más patas tiene?"

Los tebanos no habían podido resolverlo, pero Edipo lo descifró: "Es el hombre, dijo porque cuando niño camina a gatas, luego con dos piernas y finalmente se apoya en un bastón". El monstruo, despechado, se precipitó al abismo desde lo alto de la roca en que se posaba. Hasta aquí, el mito clásico.

Breve, se compone de catorce versos, el poema de Borges "Edipo y el enigma" es hermético y conciso y, emulando el inextricable acertijo de la esfinge, ha asumido sus características y se ha constituido también él en un enigma.

Sin ningún exordio, el poeta nos sumerge en la propuesta triple y compleja hecha a Edipo para ser resuelta:

Cuadrúpedo en la aurora, alto en el día
y con tres pies errando en el vano
ámbito de la tarde,...

El enunciado del enigma se inicia por adjetivos con modificadores indirectos que tienen valor temporal. La breve construcción se repite

³ Pierre Grimal. *Diccionario de mitología griega y romana*. Paidós, Barcelona, 1984, p. 147 y ss. Según Grimal había otro enigma: "Son dos hermanas, una de las cuales engendra a la otra y, a su vez, es engendrada por la primera". La respuesta a este acertijo es "el día (femenino en griego) y la noche".

⁴ Giacomo Prampolini. *Mitología en la vida de los pueblos*. Montaner y Simón, S.A. Barcelona, 1969. Traduc. de Monreal Tejada. T. II, p. 112. Este autor agrega el detalle "de una sola voz".

dos veces: cuadrúpedo en la aurora, alto en el día.

Una variación se produce con el tercer elemento del acertijo. El adjetivo es reemplazado por un complemento modificador indirecto: (y con tres pies errando en el vano....): El gerundio "errando", colocado exactamente en la mitad del verso, prolonga la acción como continua y repetida y agrega al mito un nuevo contenido por el sentido equívoco que posee: 1) andar vagando de una parte a otra, 2) divagar el pensamiento, la atención o la imaginación y 3) equivocarse.

La modificación del elemento tradicional del mito por el gerundio sugiere nuevas connotaciones para el ser al que se le aplica: desorientado, inseguro, sujeto a errores... Este nuevo sentido se intensifica por el adjetivo "vano", resaltado al final del verso. Este adjetivo se refiere a "ámbito" pero tiñe todo el verso con su contenido semántico de inestabilidad, insustanciabilidad, de vida efímera y vacía.

Contrariamente al enigma del mito que habla del hombre sin ninguna otra calificación que la temporal, en el poema se sugieren otros atributos: inseguro, inestable, efímero.

Además, Borges presenta el acertijo dado a Edipo no como un enigma, sino como la visión que del hombre tiene la esfinge:

..... así veía
la eterna esfinge a su *inconstante* hermano,
el hombre,....

Imprevistamente surge entre la esfinge y el hombre una relación de hermandad, ajena al mito clásico. Al mismo tiempo, una antinomia entre los dos. Esta oposición se establece por adjetivos en función de adjuntos: 1) eterna, aplicada a esfinge, con su connotación de constante, imperecedero, perdurable, inmortal y 2) inconstante, mudable, voluble, inestable, mortal, dicho del hombre como ser genérico.

Con un juego que parece reiteración de la palabra hombre, aunque no lo es, continúa el poema:

..... a su inconstante hermano,

el hombre, y con la tarde un hombre vino
que descifró...

Un simple artículo establece la diferencia de tal modo que no nos damos cuenta de la repetición: el hombre: como ser genérico, un hombre: como ser individual. De inmediato identificamos a ese hombre: Edipo (Borges).

Con la individuación de Edipo en el mito antiguo y de Borges en la poesía, se inicia el relato de la interpretación del enigma hecha por Edipo - Borges:

....., y con la tarde un hombre vino
que descifró aterrado en el espejo
de la monstruosa imagen, el reflejo
de su declinación y su destino.

Otra vez Borges modifica el mito. Edipo dilucida no el enigma construido con palabras sino lo que ve en el espejo de la "monstruosa imagen". En él ve reflejado su transcurrir en el tiempo (niñez, adultez, vejez) y su destino.

Edipo se ha reconocido. Ha visto horrorizado en el espejo de la esfinge quién es. Para Borges este es el solo y único momento importante de la existencia de un hombre:

Cualquier destino por lago y complicado que sea, consta en realidad de un solo momento: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es.

(Biografía de Tadeo Isidoro Cruz, 1829-1874. El Aleph)

La figura de la esfinge le ha servido a Borges para expresar su visión del hombre, copia o espejo de un orden superior, eterno, como el expresado en los arquetipos platónicos.

Afirma A. M. Barrenechea⁵ que Borges siente "tan poderosamente la eficacia de los arquetipos que le sirven de término metafórico de aquello que se le figura esencial y valioso... Quizás guíe a Borges (en

⁵ Ana María Barrenechea, *La expresión de la irrealidad en la obra de Borges*, Paidós, Bs. As., 1967, p. 159 y ss.

el uso de los arquetipos)... la leve esperanza de un cierto sentido en el caos del universo y de una persistencia en la inestabilidad temporal que nos amenaza."

En su obra, el poeta ha recurrido a menudo a estos paradigmas. Algunos ejemplos esclarecerán nuestras afirmaciones sobre los arquetipos borgianos.

En "Poema Conjetural" (*El otro, el mismo*), en el momento en que los montoneros de Aldao va a darle muerte, piensa Francisco Laprida:

.....Al fin he descubierto
la recóndita clave de mis años,
la suerte de Francisco de Laprida,
la letra que faltaba, la perfecta
forma que supo Dios desde el principio.
En el espejo de esta noche alcanzo
mi insospechado rostro eterno. El círculo
se va a cerrar. Yo aguardo que así sea.

En el poema dedicado a Baltasar Gracián, se pregunta el poeta lo que habrá sentido el alma de Gracián en la gloria:

¿Qué habrá sentido al contemplar de frente
los Arquetipos y los Esplendóres?
Quizá lloró y dijo: Vanamente
busqué alimento en sombras y errores.

Saber con exactitud quién se es, ver la forma perfecta ideada por Dios se alcanza, normalmente, traspasando el umbral de la muerte. Lo confirma en Elogio de la sombra:

Ahora puedo olvidarlas. Llego a mi centro,
a mi álgebra y mi clave,
a mi espejo.
Pronto sabré quién soy.

y en El centinela:

.....pero los teólogos afirman que

en la sombra ulterior del otro reino estaré yo, esperándome.

Importante por su alusión a Edipo y la esfinge es una estrofa de In Memoriam Alfonso Reyes:

¿Dónde estará (pregunto) el mexicano?
¿Contemplará con el horror de Edipo
ante la extraña Esfinge, el Arquetipo
inmóvil de la Cara o de la Mano?

Aprehendemos con claridad el tema de los arquetipos en la Oda Compuesta en 1960 (referida a la patria):

Eres más que tu largo territorio
y que los días de tu largo tiempo,
eres más que la suma inconcebible
de tus generaciones. No sabemos
cómo eres para Dios en el viviente
seno de los eternos arquetipos,
pero por ese rostro vislumbrado
vivimos y morimos y anhelamos,
oh inseparable y misteriosa patria.

En todos los ejemplos citados encontramos la misma actitud del poeta enforzándose por sustraer al hombre de la inconstancia, de la inseguridad, intentando arrancarlo de su contingencia y convertirlo en reflejo de un mundo perfecto, inmutable, paradigmático.

Con el desciframiento del enigma por Edipo finaliza el primero de los tres momentos que componen el poema. Hasta aquí se ha hecho la expresión del mito, que queda, aunque modificado, en el mundo de los universales, sin espacio y sin tiempo.

El segundo momento del poema se extiende en tres versos que afirman:

Somos Edipo y de un eterno modo
la larga y triple bestia somos, todo
lo que seremos y lo que hemos sido.

Un salto vertiginoso da el poeta y nos implanta en el aquí y en el ahora, involucrándonos, con el empleo de la primera persona plural, en la significación del mito. También nosotros estamos dentro de él, somos parte del mismo. El vocablo que nos instaló en el presente, "somos", repetido en el verso siguiente e intensificado por el adjetivo eterno (aplicado a "modo"), sirve a la vez para elevarnos del plano del presente a un plano permanente y eterno, el del hombre universal: somos, ahora y siempre.

El verbo ser, en el triple juego de los tiempos (Presente, Futuro, Pasado):

*Somos Edipo, y de un eterno modo
la larga y triple bestia somos, todo
lo que seremos y lo que hemos sido.*

se prolonga en los versos, en la existencia, abarcando al decir del poeta "esa desconocida y ansiosa y breve cosa que es la vida" (Texas, El otro, el mismo)

El entretener los tres versos con formas del verbo "ser", en un encadenamiento lineal, "somos", "seremos", "hemos sido", nos lanza del mundo instantáneo al universal, a un mundo que abarca la vastedad del tiempo, el infinito.

Borges nos dice que somos Edipo. Como él somos hombres, juguetes del destino. Somos como él transformados en seres inconstantes, en donde la gloria y la miseria alternan, seres efímeros, inmersos en un orden eterno.

Sófocles termina su Edipo con las palabras del coro: "¡Oh habitantes de mi patria Tebas! Mirad: ése es Edipo, que resolvió aquellos famosos enigmas y fue hombre de grandísimo poder, cuya fortuna, ¿qué ciudadano no miraba con envidia? ¡En qué mar embravecida de horrendas desgracias ha caído! De suerte que, cuando se es mortal, se debe mirar y observar el postrer día y no juzgar a nadie feliz hasta que no haya franqueado la frontera de su vida inconstante sin haber sufrido". (Sof., E.R., vv. 1524-1530)⁶

⁶ Sófocles. *Edipo Rey* Trad. de Luis Gil, Ed. Guadarrma, Madrid, 1969.

Edipo, síntesis del dolor y la desdicha humana, es el centro donde se une el mundo concreto que nos rodea, en el que desarrollamos nuestra inteligencia y nuestra acción, y ese otro mundo incomprensible e inexplicable que actúa inevitablemente con sus redes invisibles y del cual no podemos huir. Estamos como él en "una cárcel universo que aprisiona sin muros exteriores, sin centro, sin paredes"⁷. "Es de hierro tu destino como tu juez", nos asegura el poeta en Laberinto.

Nada podemos hacer, excepto asumir irreductibles nuestro destino, como el héroe máximo de la tragedia griega. En él ve J.L. Borges la pequeñez y la grandeza de la condición humana.

Sin embargo, no sólo somos Edipo, sino también "la larga y triple bestia somos", la esfinge. Según el mito, el monstruo tenía rostro de mujer, cuerpo de león y alas enormes como las de un ave de rapiña. Siendo una, abarcaba una multiplicidad de seres.

Somos esa esfinge porque nuestra existencia está inmersa en misterios y enigmas. Somos la esfinge porque ella nos contiene; su largura bestial alcanza todo nuestro ser: nuestro hoy, nuestro mañana y nuestro ayer (lo que somos, todo lo que seremos y lo que hemos sido). Ella abarca la amplitud del tiempo que "es la forma de nuestra vida", el tiempo que es la sustancia de la que estamos hechos (Otras Inquisiciones).

Somos la esfinge porque somos como ella un monstruo complejo y múltiple. Ella es mujer león, ave, pero un solo ser. Y nosotros somos uno y todos los hombres.

En Oro de los tigres, el poema Proteo sustenta esta idea:

De Proteo el egipcio no te asombres,
tú, que eres uno y eres muchos hombres.

El autor, en el prólogo a Emerson, nos revela:

⁷ Hortencia Larrañaga. *El mito del Minotauro en cuatro poemas de J. L. Borges.* en Revista de Estudios Clásicos N° 20, 1988-89, Fac. de Filosofía y Letras, UNC, Mendoza, pp. 47-66.

Nuestro destino es trágico porque somos, irreparablemente, individuos, coartados por el tiempo y por el espacio; nada por consiguiente hay más lisonjero que una fe que elimina las circunstancias y que declara que todo hombre es todos los hombres y que no hay nada que no sea el universo. (Clásicos Jackson, Vo. XXXVI, p. XIII)⁸

La tendencia de Borges a unir todos los destinos humanos para formar uno solo, la idea de que todo hombre es todos los hombres, sin una explicación racional, se alcanza en el poema *Al hijo* (El otro, el mismo):

No soy yo quien te engendra. Son los muertos;
son mi padre, su padre y sus mayores;
son los que un largo dédalo de amores
trazaron desde Adán y los desiertos
de Caín y Abel, en una aurora
tan antigua que ya es mitología,
y llegan, sangre y médula, a este día
del porvenir, en que te engendro ahora.
Siento su multitud. Somos nosotros
y, entre nosotros, tú y los venideros
hijos que has de engendrar. Los postrimeros
y los del rojo Adán. Soy esos otros
también. La eternidad está en las cosas
del tiempo, que son formas presurosas.

Somos pues uno y a la vez somos todos, somos como la esfinge que es una múltiple. El tercer momento de Edipo y el enigma también abarca tres versos:

Nos aniquilaría ver la ingente
forma de nuestro ser; piadosamente
Dios nos depara sucesión y olvido.

El enunciado de una probabilidad, "nos aniquilaría", creemos, nos sitúa (por un oxímoron) en la realidad del ser humano. La mente del

⁸

Citado por Ana María Barrenechea, op. cit. p. 121.

hombre tratará en vano de abarcar la multiplicidad sin límites que somos:

.....Somos nosotros
y, entre nosotros, tú y los venideros
hijos que has de engendrar. Los postrimeros
y los del rojo Adán...

(Al hijo, El otro, el mismo)

Esa larga cadena que somos supone la eternidad y sólo puede ser vista desde el más allá:

..... Abstraído
en su larga visión como en un mágico
cristal que a un tiempo encierra las tres caras
del tiempo que es después, antes, ahora,
Sarmiento el soñador sigue soñándonos

(Sarmiento, El otro, el mismo)

En el poema "Al hijo", que ya citamos, Borges nos ha asegurado que "la eternidad está en las cosas del tiempo, que son formas presurosas". Pero la visión de esta eternidad nos destruiría, como puede destruir al hombre la visión de la Divinidad o la revelación de su misterio.

La afirmación final del poema:

.....piadosamente
Dios nos depara sucesión y olvido.

de apariencia sencilla y consoladora, es compleja y oscura y nos transmite inquietud y angustia.

Según María Elena Renard⁹, Borges "afirma la autonomía de cada instante y califica de vanas la esperanza y el miedo porque aluden a

⁹ María Elena Renard. *Jorge Luis Borges, Poesías*. Kapeluz, Bs. As., 1977, p. 33

acciones futuras que no nos será dado protagonizar a nosotros 'que somos el minucioso presente'".

En un pasaje de su poema "A un poeta sajón" (El otro, el mismo), insiste nuestro escritor en la misma idea, en que el incesante presente es el que corresponde a nuestra vida:

Tú que viviste no en el rígido ayer
sino en el incesante presente,
en el último punto y ápice vertiginoso del tiempo...

Es pues a la vida, a la vida misma del hombre a lo que Borges hace referencia en el poema que analizamos, con el término "sucesión". Sucesión es el transcurso, decurso o discurso del tiempo.

El poeta ha enlazado la vida, que es sucesión, con "olvido". Insistentemente, a lo largo de su obra, recurre a esta palabra "olvido" y la utiliza con las más variadas acepciones: aparece unida a la memoria, al infinito, como modificador del pasado, junto a eternidad, como compañera de la muerte o como la muerte misma y, en ocasiones, es negada su existencia.

El olvido será unido a la memoria. Fatalmente se une a la memoria, afirma María Elena Renard¹⁰, "porque la memoria permite una reconstrucción fragmentada e incompleta de lo que fue real una vez... El olvido, en cambio, da origen -mediante un proceso de depuración que puede durar años - a la verdadera imagen ... revelada con imparcialidad mediante un objeto cotidiano o en la línea de un verso".

Asimismo olvido e infinito se unen porque "el hombre, continúa María Elena Renard, constituye una sucesión de olvidos y va muriendo de a poco a lo largo de su existencia material, pero va quedando inexorablemente en las cosas:

Durarán más allá de nuestro olvido;
no sabrán nunca que nos hemos ido.
(Las cosas, Elogio de la sombra)"

¹⁰ María Elena Renard. op. cit., p. 44.

El olvido, a veces, es lo que "anula o modifica el pasado", como afirma Borges en "Otro poema de los dones" (El otro, el mismo). Aunque puede equivaler simplemente a eternidad, como aparece en "Los enigmas" (El otro, el mismo):

¿Qué errante laberinto, qué blancura
ciega de resplandor será mi suerte,
cuando me entregue el fin de esta aventura
la curiosa experiencia de la muerte?

Quiero beber su cristalino Olvido,
ser para siempre; pero no haber sido.

En "Everness" (El otro, el mismo) niega su existencia, pues todo perdura en la eternidad:

Sólo una cosa no hay. Es el olvido.
Dios, que salva el metal, salva la escoria
y cifra en Su profética memoria
las lunas que serán y las que han sido.

Reitera esta negación en "Ewigkeit" (El otro, el mismo):

Sé que una cosa no hay. Es el olvido.
Sé que en la eternidad perdura y arde
lo mucho y lo precioso que he perdido:
esa fragua, esa luna y esa tarde.

Unido a la nada, el olvido es compañero de la muerte o la muerte misma, como aparece en el "Alquimista" (El otro, el mismo):

Y mientras cree tocar enardecido
el oro aquél que matará la Muerte,
Dios, que sabe de alquimia, lo convierte
en polvo, en nadie, en nada y en olvido.

Es éste, a nuestro parecer, el olvido como muerte, el sentido que posee en el poema que analizamos: Edipo y el enigma. Dios se apiada

del hombre, incapaz en su limitación humana, de abarcar la inmensidad del ser hombre, imposibilitado de penetrar en los misterios insondables de la vida y de la muerte. Por eso le concede la vida y también la muerte. De allí la angustia que encierra el verso y medio finales, en donde la divinidad acude con su piedad a remediar nuestra limitación y pequeñez:

.....piadosamente
Dios nos depara sucesión y olvido.

Finalmente descubrimos que el poema posee un marco triangular. Tres son los momentos en que puede dividirse: 1º- Exposición del mito (ocho versos). 2º- El mito nos involucra en nuestro hoy y en su eternidad (tres versos). 3º- Realidad de la pequeñez y limitación del hombre (tres versos).

Pero también a lo largo del poema aparece, repetidamente, el tres como símbolo matemático.

Tres son las partes del enigma propuesto por la esfinge:

Cuadrúpedo en la aurora, alto en el día
y con tres pies errando en el vano
ámbito de la tarde,...

La monstruosa esfinge es una bestia triple. Ella tiene un cuerpo de león, rostro de mujer y alas de ave de rapiña.

Tres son las caras del tiempo que nos constituye: somos, seremos, hemos sido, es decir, presente, futuro, pasado.

Y tres son las sílabas que componen los nombres de Edipo, esfinge, enigma, destino, sucesión y olvido, palabras claves del poema.

"Pitágoras, nos dice Pérez Rioja¹¹, llamó al número tres, número perfecto, porque contiene un principio, un medio y un fin".

Para Luis Cencillo¹², "la tríada es el primer número cósmico. Su representación geométrica es el triángulo, producto del contraste entre

¹¹ Pérez-Rioja. *Diccionario de símbolos y mitos*, Tecnos, Madrid, 1962, p. 340.

el círculo y la línea, entre el principio fecundante y el receptivo y fecundo. Es la vida que surge en su incesante progresión dialéctica hacia la plenitud".

¿Cuál es el significado de este número tres que con insistencia emana del poema?.

Quizá Borges ha querido usar este símbolo para traducir limpidamente el misterio inexplicable que es el hombre: su vida, su plenitud y su muerte. Quiso, tal vez, que intuyamos con nitidez, a través del número, la vida hecha de tiempo, "... esa desconocida y ansiosa y breve cosa que es la vida.", que fluye incesante hacia la madurez y hacia su acabamiento.

Como conclusión diremos que Jorge Luis Borges ha recurrido al mito para apropiarse de dos figuras "incapaces de envejecer", aunque no imposibilitadas de "nuevas aventuras": la figura de Edipo y la de la esfinge.

Por estos paradigmas, complejos y dúctiles, nos dio Borges nuevas interpretaciones del hombre, su concepción de los arquetipos y la de que todo hombre es todos los hombres.

Asimismo nos expresó, conmovido e inquieto, la impotencia humana de develar lo inexcrutable, por lo menos durante esta vida, y quiso que intuyéramos, a través del número perfecto, el tres, que nuestra existencia corre sin detenerse hacia su realización plena y hacia su muerte.

12

Luis Cencillo. *Mito, Semántica y realidad*. B.A.C. Madrid, 1970, p. 202.